

ARTICULO XIII.

EL MISMO ASUNTO.

El programa de La Discusion.

El Sr. Castelar continúa batiéndose en retirada, y para que no diga que no ofrecemos un amplio palenque á su habilidad y destreza, insertamos á continuacion la prueba de los últimos esfuerzos que hace para derribarnos en tierra.

«No queremos abandonar la cuestion á que nos reta *El Estado*; no queremos. Empezamos por decir que la libertad de trabajo quiere decir que el trabajo se deje á la actividad individual, y no á la reglamentacion del Estado, que acaba siempre por destruirlo y aniquilarlo. ¿Podemos ser más claros? *El Estado* quiere el mando de los ricos, la plutocracia, el detestable gobierno de las aristocracias mercantiles. Aquí tuvimos en el bienio un ministro de Hacienda rico, y dijo que sólo habia leído en su vida dos libros, y aun se excedió mucho. Vaya Vd. á deducir la inteligencia del dinero. Dice *El Estado* que el derecho de

asociacion es irrisorio en las razas teutónicas. ¡Irrisorio un derecho que ha conseguido en Inglaterra la ley de cereales, la emancipacion de los católicos, la reforma electoral! Se necesita mucha gana de gastar la pólvora en salvas para decir tales cosas. A lo de la milicia no contestamos. La comparacion del miliciano con el inquisidor es producto de la forma atrevida que el Sr. Campoamor suele dar siempre á los pensamientos que reconoce falsos. El chiste es en sus sofismas lo que en la píldora el talco ó el ligero dorado. Siempre hemos profesado la libertad de enseñanza, y queremos que el clero católico esté en igualdad de condiciones con toda corporacion que quiera enseñar la ciencia. Nunca nos han asustado las conclusiones de nuestras ideas.

»El Sr. Campoamor dice que ocultamos algunas de nuestras ideas, y se indigna por eso. Si nosotros las ocultáramos de grado, la observacion estaria en su lugar. Pero como las ocultamos por fuerza, la observacion es injustísima. Tanto valdria decir al que tiene una mordaza «habla,» ó al que tiene una argolla en los piés, «anda.» Más generosidad, más generosidad con los vencidos. En la esfera del ingenio nos damos por vencidos, merced á las armas que maneja el Sr. Campoamor: en la esfera de la razon nos creemos vencedores.»

De lo dicho por *La Discusion* resulta que, como asentamos antes, su libertad de trabajo, no siendo el derecho al trabajo, no es absolutamente nada.

Queremos el mando de los *plutócratas* por razon contraria que *La Discusion* quiere el dominio de los *sanculócratas*. Los moderados queremos un *censo de plata*, los progresistas otro de *cobre*; ¿y de qué lo quieren los demócratas? ¿Quieren el censo de los *harapos*?

Insistimos en que el derecho de asociacion anglo-teutónico es irrisorio, así como en los pueblos de origen latino seria pavoroso, y más propenso á motivar la lucha de navajazos, que la de razones. No diremos el derecho de

asociacion, sino el uso de reunion inglesa no ha motivado ninguna de las reformas á que alude el Sr. Castelar; al contrario, más bien las ha retardado con exajeraciones ridiculas.

Ese uso de reunion pacífica no sirve más que para eternizar la division de las clases, perpetuando los gremios, la más egoísta y la más perniciosa de las instituciones feudales, dando lugar á que en una plaza pública un motin de sastres pida el aumento de derechos á la introduccion de las ropas hechas, mientras que en la calle inmediata otro motin de zapateros pide la introduccion poco ménos que libre de las ropas hechas, y la prohibicion casi absoluta del calzado parisiense, fundándose sin duda en que el que se hace en Inglaterra es de peor calidad y hace un ruido insupportable. Si el Sr. Castelar oyese alguna vez á alguno de estos oradores de callejuela, bendeciria los policiaos que los suelen dispersar á bastonazos; se avergonzaria de quererlos llevar á semejante libertad, ó, mejor dicho, á semejante barullo; gemiria por la pureza del idioma, y derramaria lágrimas en honor de la diosa de la elocuencia.

¿Y asegura formalmente el Sr. Castelar que su libertad de enseñanza quiere decir que cuando pueda pondrá al clero católico en las mismas condiciones que toda corporacion que quiera enseñar la ciencia? Lo estamos oyendo, y no lo podemos creer. Si algun dia, lo que Dios no quiera, triunfan las ideas del Sr. Castelar, y por cierto que para no presenciar semejante felicidad ya tenemos negociado un pasaporte con uno de nuestros comunes amigos, el pobre clero católico no sólo no podrá enseñar, sino que tendrá que aguantar lo mucho nuevo que se verá obligado á aprender.

No es exacto ni generoso el Sr. Castelar cuando asegura que nosotros hemos tenido la falta de generosidad de decir á *La Discusion* «habla,» cuando no puede decir todo lo que quiere. Eso á nosotros nos tiene sin cuidado, con

tanto más motivo, cuanto que sabemos de memoria, no sólo lo que *La Discusion* dice, sino tambien lo que calla. Nosotros, usando de un derecho de justa defensa, hemos consignado que el programa gubernamental de *La Discusion* no tenia gobierno; que era ménos interesante por lo que decia que por lo que callaba, y que el programa, por consecuencia, no tenia más defecto que el de que no era programa.

La Discusion concluye asegurando que *oculta* sus ideas *por fuerza*: eso es lo que nosotros sentimos, pues así como, segun dice Chateaubriand, el sombrero de tres picos de Napoleon puesto sobre un palo pondria sobre las armas á toda la Europa, las ideas que *La Discusion oculta*, vaciadas en su pseudo-programa, harian que se convirtiesen en lanzas contra la democrácia hasta las ruecas de las madres de familia.

CAPILLA DE SAN VICENTE

ARTÍCULO XIV.

I. El derecho al trabajo.—II. Censo electoral.—III. Derecho de asociación.—IV. Libre cambio.—V. Si es posible la república.

I.

EL DERECHO AL TRABAJO.

¡Dios nos dé paciencia para sufrir al Sr. Castelar! Otra vez vuelve á usar de armas vedadas, haciendo un retrato de mi persona, que ni es verso, ni es verdad. Veán nuestros lectores el dibujo, y dígannos si esto es bueno, ni siquiera lícito:

«*El Estado* se bate en retirada, y como los antiguos parthos, arroja, al huir, sus últimas y más aceradas flechas. Lo decimos con toda sinceridad. No comprendemos, ni hemos comprendido nunca, cómo el Sr. Campoamor es moderado, partido utilitario, antiestético, escaso en ideas, pobre en arranques, prosáico, el ménos idóneo para atraer el alma de un poeta. Así es que á cada instante se echa de ver en su manera de discurrir que su espíritu

está en perpétua y perenne contradicción con su escuela. El autor de *El Personalismo* es el enemigo más grande que tiene *El Estado*, como *El Estado* parece que sólo se ha propuesto desmentir y condenar al autor de *El Personalismo*. No conocemos una contradicción más grande, más palmaria, más evidente. *El Estado* es una conspiración perpétua contra el Sr. Campoamor. En *El Personalismo*, el Sr. Campoamor es progresista, hasta demócrata; quiere la emancipación gradual de las clases, aspira hasta enterrar el Estado y dar toda la expansión posible al espíritu; en *El Estado*, el Sr. Campoamor es neo-católico, semi-absolutista, defiende las grandes violaciones de la ciencia humana, aprueba todo lo que oprime al espíritu, y mata la razón. El pensador es libre, el político esclavo. Lucha su carácter con sus compromisos, su razón con su historia, su libro con su periódico.»

Repetimos que esto no es verso ni es verdad; y después de hacer al Sr. Castelar un cortés saludo en contestación á la andanada que contra mi persona descarga desde su navío de diez pistolas por banda, paso á lo que importa, empezando por sentar que, con motivo de *no poderlo decir*, el programa gubernamental de *La Discusión* no tiene gobierno, y que es más interesante por lo que calla que por lo que dice. Siempre lo mismo. Lo mejor de las fiestas, es lo que no consta en los programas. Este silencio, esta vaguedad, conviene mucho al Sr. Castelar, por aquello que dice un autor célebre:—«No definir nada y esperar todo, es el gran prestigio de las revoluciones.»—

En fin, ya que no podemos hablar de lo que *La Discusión* calla, examinemos lo que el Sr. Castelar dice.

¿Recuerdan nuestros lectores cuando digimos á *La Discusión* que la libertad de trabajo de su programa, ó quería decir *derecho al trabajo*, ó no quería decir nada? Pues el Sr. Castelar nos contestó que su libertad de trabajo, no sólo no era el derecho al trabajo, sino que era todo

lo contrario. Pero hoy, olvidándose de su promesa, se le escapa la siguiente confesion:—«Es la integridad de las fuerzas del obrero, es el derecho pleno, absoluto, de *asociacion*, es la seguridad de que no le han de mandar á Filipinas el dia que PIDA AUMENTO DE JORNAL.»—Lo cual quiere decir que los obreros tendrán el derecho de *asociacion*, y al que no se asociel... y que podrán pedir aumento de jornal, y al que no se lo aumentel.... De lo cual resulta que la libertad de trabajo consiste en que habrá derecho á tiranizar al que ha de mandar trabajar.

¿Es esta libertad de trabajo, otra cosa más que el derecho al trabajo?

II.

CENSO ELECTORAL.

A consecuencia de haber dicho al Sr. Castelar:—«Los moderados queremos un *censo de plata*, los progresistas otro de *cobre*, ¿y de qué lo quieren los demócratas? ¿Quieren el censo de los *harapos*?»—Contesta el Sr. Castelar con una indignacion que le honra:—«No, mil veces no. Nuestro censo está en el espíritu.» ¡Hola! Vuestro censo está en el espíritu; ¿y el espíritu en dónde está? Oigamos al señor Castelar que continúa:—«Nuestro censo no es de oro como el de los ricos moderados, no es de cobre como el censo de los progresistas; nuestro censo es de ideas, de pensamientos; está en el alma.»—¿En las ideas, en los pensamientos, en el alma de quiénes? ¿Está en el espíritu, en las ideas, en los pensamientos de aquellos que si no les

exigen tres cuartos al pasar por los portazgos, es porque tienen figura corporal como nosotros?

Y es inútil que el Sr. Castelar insista en lo mismo, diciendo:—«Nuestro censo es el derecho, es el espíritu, es la razon, es todo lo que hay de divino, de inmortal en el hombre.»—Y ese espíritu siempre divino, siempre inmortal, ¿lo cree el Sr. Castelar adornado constantemente de razon? ¡No, mil veces no! ¡Librenos Dios de abandonar el poder público en manos de gentes que son malas ó buenas, segun la cantidad y la clase del vino que beben! El Sr. Castelar, á pesar de su sensibilidad exquisita, no podrá tener otro censo más que el de los harapos. El dia del triunfo de sus ideas, no predominarán el espíritu ni la razon. La espuma de toda revolucion son los harapos sácios, ¡Sí, y mil veces sí!

¡Y qué enfadado se muestra el Sr. Castelar con los pobres ricos!—«¡El mando de los plutócratas, dice! Al tres por ciento sacrificarán el derecho, la justicia de las naciones. Les importará poco que la tiranía domine el mundo, con tal que suban sus acciones. Preferirán el cálculo, el interés á todos los cánticos del Sr. Campoamor. Además, ¿sólo en los ricos ha de haber virtud, talento, génio?»—Claro es que las probabilidades están porque los ricos tengan más educacion, porque tienen más medios para adquirirla, y más talento y virtud por tener más educacion.

Y reforzando su opinion, como siempre, con argumentos falsos, añade el Sr. Castelar:

«Homero era ciego y pobre, Virgilio hijo de un campesino, Horacio de un liberto, Terencio esclavo, Plauto daba vueltas á la rueda de un molino, Cervantes se arrastró en la miseria, Shakespeare guardaba los caballos de los próceres ingleses á la puerta del teatro, Colon andaba errando, sin asilo, con una creacion entera en su mente; los más grandes génios han nacido en las escalas inferiores de la sociedad, como en justa compensacion de la naturaleza.»

¡Qué absurdidad de lógica! ¡Qué *plum-pudding* de ideas! Los moderados gobernamos, como todos los buenos dialécticos, por medio de reglas generales, y no con excepciones de la regla. ¿Conque porque Homero era ciego y pobre, hemos de hacer electores á todos los pobres ciegos? ¿Qué diría el Sr. Castelar de un legislador que decretase lo siguiente: como puede haber un Plauto que dé vueltas á la rueda de un molino, se declaran capacidades á todos los molineros?

¡Cervantes se arrastró en la miseria!

Luego vengan Vds. á mandarnos, señores miserables, porque tienen Vds. ese triste punto de contacto con Cervantes. Y cuidado, caballeros propietarios, que aspiren ustedes á tener más derechos políticos que los guardas de sus dehesas, pues así como hubo uno que guardaba caballos, puede haber otro Shakespeare que esté guardando las parras de sus cerdos. Y puesto que Colon anduvo errando, sin asilo y con una creación entera en la mente, venga usted y gobierne la España, nuestro amigo y bondadoso Granados, que ahora mismo, y sin que nadie le pueda convencer de lo contrario, lleva en la mente la idea de que el sol es verde.

¿No conoce el Sr. Castelar que estas jeremiadas histórico-literarias, lo mismo que mi retrato, no son verso ni verdad?

Armémonos de paciencia, y continuemos oyendo.

—«Y á pesar de esto, sigue el Sr. Castelar, el Sr. Campoamor se enamora de la aristocracia del dinero. Comprendemos la aristocracia de la cuna y la del saber, aunque creamos injusto todo privilegio é injusta toda aristocracia; pero lo que no hemos podido comprender nunca es la aristocracia del dinero.»—Lo cual prueba que el Sr. Castelar es poco previsor. Nosotros aceptamos la riqueza como signo de capacidad, mientras que el Sr. Castelar no nos enseña otro más infalible, porque los ricos son como las galli-

nas de Guinea, tienen un oído finísimo para avisar á los compañeros de corral la proximidad de los animales dañinos.

Tener es temer. Y los ricos temen á las zorras en proporción al número de sus gallinas. El orden es la salud del cuerpo social, y todo lo bien establecido ama el orden. ¿Hay cosa más natural que poner de vigilante de la paz social al dinero, cuando sabemos que el dinero se asusta hasta de su sombra?

III.

DERECHO DE ASOCIACION.

Digimos—«que el derecho de asociación anglo-teutónico es irrisorio, así como en los pueblos de origen latino sería pavoroso, y más propenso á motivar la lucha de navajazos que la de razones;»—á lo cual replica el Sr. Castelar:

«El Sr. Campoamor, tan entendido en historia, no puede decir esto en conciencia. ¿Qué diferencia quiere establecer entre el principio de reunión y el principio de asociación? La asociación es la reunión permanente, organizada con un propósito y un fin. Sin reunión, no puede haber asociación. Y decir que esos derechos han sido irrisorios, es decir una palabra sin sentido.»

El derecho de reunión, es decir, el motín autorizado por el uso, no es el derecho de asociación, ó lo que es lo mismo, el club santificado por la ley. De ciento que piden la asociación, noventa y nueve la piden por lo que tiene de desorden. La mitad de la repugnancia que me causa el de-

recho de asociacion, es por miedo; la otra mitad por risa: este derecho, ó es pavoroso, ó es ridículo. Con perdon del programa de nuestro apreciable colega *La Discusion*, el tal derecho de asociacion sólo puede tener importancia para las gentes que toman el barullo público por el espíritu público.

IV.

LIBRE CAMBIO.

Tambien recordarán nuestros lectores que, con motivo de las exigencias disparatadas á que daba margen el derecho de asociacion, indicamos que los sastres pedirian lo contrario de los zapateros, y vice-versa. A cuyo argumento contesta el Sr. Castelar deslizando en la discusion esta oculta serpiente:

«Por lo demás, no tema el Sr. Campoamor esa competencia entre los sastres y los zapateros por la prohibicion de sus productos; eso se curaria muy fácilmente con el *libre cambio*, con la *libertad de comercio* que el Sr. Castelar ha sostenido siempre.»

¡Máscara, te conozco!

Así como en algunas calles de los pueblos de Andalucía, para que no entren á estropearlas, tienen un letrero que dice:—«por aquí no pasan carros.»—así nosotros, á propósito de la *libertad de comercio*, nos tenemos dada la siguiente consigna: «por aquí no pasan demócratas disfrazados de libre-cambistas.»

SI ES POSIBLE LA REPÚBLICA.

Porque nosotros hemos dicho al Sr. Castelar que en el caso que triunfen sus ideas—«el pobre clero católico no sólo no podrá enseñar, sino que tendrá que aguantar lo mucho nuevo que se verá obligado á aprender,»—el señor Castelar dice lo siguiente:

«El Sr. Campoamor teme que á su partido se le aplique la ley del Talion; teme que fusilemos á los moderados sin formacion de causa; teme que abramos un depósito de Leganés; teme que forjemos una mordaza para nuestros enemigos; teme que mandemos á Filipinas á los que se salven del hierro; teme que violemos el hogar doméstico por un quitame allá esas pajas; teme que seamos, en una palabra, moderados. Por eso se vá.»

Y á mí, ¿qué derecho tiene el Sr. Castelar para dirigirme esos cargos? Yo nunca aspiraré á matar á nadie; deajo ese cuidado á los malvados. Además, si al partido moderado se le puede echar en cara algun abuso del poder, ¿qué diremos á los partidos que pueden presentar sumarias tan sucintas como el asesinato del desgraciado Chico?...

¿Es posible que censuren á un partido cuya benevolencia es proverbial, los mismos que, siguiendo la lógica de sus ideas, mañana, á su pesar, tendrian que ver cómo se efectuaban en el fondo del canal los *matrimonios republicanos*?

Para que el Sr. Castelar pueda añadir más apotegmas á

los de nuestro programa, le haremos ver, pues se conoce que no lo sabe, que él que jamás ha disculpado ni una insubordinación, ni un saqueo, ni un incendio, ni una matanza, ese es un verdadero moderado. Ya vé el Sr. Castelar cómo los verdaderos moderados no somos tan malos.

—«Mas quizá llegue el día, concluye el Sr. Castelar, en que para huir de la democracia tenga que irse á las ruinas del Asia, ó al fondo de las bárbaras regiones del Africa.» —Y por qué? ¿Porque la democracia me perseguirá á todas partes, ó porque todo el resto del mundo será demócrata? ¡Cuánto siento ver á un chico tan bueno como el Sr. Castelar víctima de esa pesadilla democrática, que supongo que le hará pasar malas noches, pues toda idea revolucionaria vive como lady Macbeth frotándose las manos!

¡Todo el mundo demócrata! Le ruego que vuelva en sí al Sr. Castelar. ¡La ilusión de una idea irrealizable es el peor de los vinos! ¡Él, tan benévolo con todos sus amigos menos conmigo; él, á quien casi mata de placer un violín tocado en un valle de la marina de Alicante, no quisiera yo que, de etapa en etapa, llegase alguna vez la gente á confundirle con esos aventureros de ideas que inocentemente suelen hacer más daño á la sociedad que los salteadores de caminos!

¡Todo el mundo demócrata! ¡Cuidado, amigo mío, con las ilusiones fuertes! Todo crimen es hijo de una fiebre de ilusión. ¡Tened presente que el hablarles mal del freno de la autoridad á los que han de obedecer, es tan peligroso como si en este siglo de los descubrimientos se presentase uno diciendo á nuestras mujeres que él había descubierto que no había infierno! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué harían las mujeres si creyesen que habían llegado á descubrir que no hay tal infierno?

¡Todo el mundo demócrata! Vuelvo á rogar al Sr. Castelar que lea un poco más la historia, pues la historia de una revolución es el mejor antídoto contra los pensamien-

tos revolucionarios. Y por supuesto que al encargar al señor Castelar que lea como plan higiénico una historia de la Revolución, le ruego que no escoja alguno de esos autores que juzgan á los convencionales franceses como obrando por motivos *morales*, pues este modo de discurrir, es como si viésemos á un naturalista suponiendo no sé qué de honrado en el instinto de los lobos.

¡Todo el mundo demócrata! Cuidado, vuelvo á repetir: es muy fácil dar impulso á las masas; lo difícil es contenerlas. Los poderes que quieren un poquito de revolución, la tienen toda. Nunca encargaré bastante el cuidado. ¡Los que no quieran el sufragio de los harapos, deben saber que los hombres que en tiempo de orden mendigan, en tiempos de revolución saquean!

¡Todo el mundo demócrata! Esto será una broma del Sr. Castelar. La república francesa ha hecho las repúblicas imposibles. Dios no permitirá que el mundo vuelva á ver otra edición de una revolución ante la cual sería pálida una insurrección del infierno! ¡La gloria de cien Bayardos franceses, no bastaría á compensar la deshonra de un solo Robespierre! La sangre de César ha traído sobre la tierra muchos siglos de despotismo; y la de Luis XVI ha proscrito la república para siempre. ¡Pobre Luis XVI! Él ha sido el Cristo redentor de las monarquías. Aquella revolución que le decapitó, así como sus hijas legítimas, por más que él las haya perdonado desde el cadalso, siempre serán malditas!